

Visión de viajeros sobre la catedral de Pamplona

Carmen Jusué Simonena
UNED. Pamplona

*No se puede demostrar y, sin embargo, lo creo;
en algunos lugares del mundo tu llegada o
salida se amplían de un modo misterioso por las
emociones de todos aquellos que han salido o
llegado antes que tú.*

Cees Nootboom. *El desvío a Santiago*

Como referencia atractiva e impulsora o como guía de información y compendio de nuevos caminos y descubrimientos, la literatura viajera es una fuente preciosa de conocimiento y de memoria, más allá de su atractiva condición literaria. Esa cualidad permite recurrir a ella para ver y comprender otra cara de nuestra propia historia, con la imagen que los viajeros históricos fijaron de España y de Navarra a lo largo de los siglos.

Los libros de viaje, la literatura viajera, han contado siempre con entusiastas lectores, constituyendo al mismo tiempo el apasionado entretenimiento de muchas generaciones que han forjado alguno de sus primeros sueños gracias a ella. Los relatos viajeros, como los libros de aventuras – al fin y al cabo, libros de viajes frecuentemente –, han despertado secularmente la curiosidad de los hombres y han estimulado esa necesidad que anhela quebrar, en cierta manera, la monotonía cotidiana.

Se han elegido un grupo de viajeros que realizaron diversos viajes por España y, al detenerse en Pamplona, hicieron distintas apreciaciones de la catedral, algunos ofrecen escuetas noticias, sin embargo otros realizan descripciones amplias y curiosas de la seo pamplonesa. Evidentemente podían haber sido otros, sin embargo, los seleccionados reflejan, cada uno a su manera, una visión diferente, lo cual nos lleva a apreciar matices más o menos poéticos, más o menos oscuros o más o menos descriptivos. Los viajeros seleccionados ofrecen su visión de Pamplona y la catedral en los siglos XV al XX. No están todos, aunque sí una buena parte de ellos; algunos como Antonio Ponz en el siglo XVIII y Víctor Hugo en el XIX, ofrecen unas descripciones tan interesantes y minuciosas que se ha considerado oportuno incluir en estas páginas el texto completo de la visión de ambos sobre la catedral pamplonesa. El presente trabajo, que incluye las impresiones de diecinueve viajeros, comienza con la visión de J. Müntzer a fina-

les del siglo XV y termina con las escuetas palabras que Álvaro Cunqueiro, ya en el siglo XX, menciona sobre Pamplona y su catedral, ¡lástima que el escritor y periodista holandés, Cees Nooteboom, premio Europa de literatura, no hiciera referencias a la ciudad y su catedral en su obra *El desvío a Santiago*!¹.

La primera noticia encontrada referente a la catedral pamplonesa, se debe al alemán Jerónimo Münzer, viajero que durante 1494 y 1495 realizó un trayecto por España que luego publicó bajo el título de *Itinerarium sive peregrinatio per Hispaniam, Franciam et Alemaniam, excellentissimi viri artium ac utriusque medicinae doctoris Hieronimi Monetarii de Feltkirchen civis nurembergensis*².

Dice el viajero alemán: “Pamplona, la mejor ciudad del reino... Tiene Pamplona una buena iglesia catedral, cuyo coro no está terminado todavía, aunque lo estará muy pronto. Lujoso es el retablo mayor, decorado con imágenes de plata, y notable el claustro, muy semejante al de la catedral de Toledo. El obispo actual es hijo de Alejandro VI, quien, al morir el prelado anterior, concedióle a aquél el obispado”³.

El 20 de noviembre de 1592 llegó a Pamplona Felipe II, acompañado de su esposa Ana de Austria y de sus hijos el príncipe Felipe y la infanta Isabel Clara Eugenia, con la finalidad de asistir a las cortes aragonesas reunidas en Tarazona. Asimismo, participaba en el cortejo Enrique Cock que estuvo nueve años al servicio de Felipe II realizando una crónica de sus viajes. Nada se sabe de Cock en cuanto a su patria y a su familia pues, según García Mercadal, las investigaciones realizadas en los registros notariales reconocidos por la corte de Holanda desde comienzos del siglo XVI no dieron resultado alguno. Se ignora pues, lo que fuera de Enrique Cock con anterioridad a su venida a España en 1580, donde, por lo menos, estuvo diez años. Según dice Cock en el poema que contiene su dedicatoria a Felipe II, tenía la intención de componer una descripción de España, en prosa, más detallada; aunque se ignora si ese proyecto llegó a realizarse⁴.

¹ *Der omweg naar Santiago*, 1992. Versión en castellano: *El desvío a Santiago*. Traducción de Julio Grande, Madrid, Siruela, 1993.

² Manuscrito de la "Hof. U. Staatsbibliothek de Munich, Codex Latinus Monacensis 431. Según Arturo Farinelli es el más interesante viaje por España de la Edad Media. Existe una edición en castellano: *Viaje por España y Portugal*, Madrid, Ediciones Polifemo, 1991. Nota introductoria de Ramón Alba. Münzer estuvo en España cinco meses, desde el 17 de septiembre de 1494 al 9 de febrero de 1495. Viajaba a caballo y aunque desconocía nuestro idioma, probablemente lo hablaría alguno de los tres amigos que le acompañaban en el periplo hispano-portugués. El académico J. Puyol tradujo del latín al castellano, y publicó en 1924, este *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*, dándolo a conocer en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. José García Mercadal incluyó la *Relación del viaje de Münzer* en su obra *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Tomo I. Siglo XVI*, Madrid, Aguilar, 1959.

³ Se refiere a César Borgia (Roma, ca. 1475 – Viana, 1507). Hijo del cardenal Rodrigo de Borgia, luego papa Alejandro VI. Inició tempranamente su larga carrera de honores y beneficios y fue designado por Inocencio VIII administrador de la diócesis de Pamplona en 1491 tras el fallecimiento en Roma del obispo Alfonso Carrillo. Envío como procuradores, primero a Martín Zapata, canónigo de Toledo, y luego a Pedro de Arráyo. Abandonó la mitra pamplonesa en 1493 por la de Valencia. Secularizado en 1498, casó al año siguiente con Carlota de Albret.

⁴ Fouché-Delbosc cita la *Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585, a Zaragoza, Barcelona y Valencia, escrita por Henrique Cock, notario apostólico y archero de la guardia del Cuerpo Real, y publicada de real orden*, edición realizada por Alfredo Morel-Fatio y Antonio Rodríguez Villa, Madrid, 1876, tomándola de un manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de París y descrito en el Catálogo de los manuscritos españoles en la Biblioteca Nacional de París (París, 1844, pp. 83) por Eugenio de Ochoa, según García Mercadal que, añade, contiene dos versiones del texto: una en latín, otra en castellano, más completa la primera que la segunda, y ambas interrumpidas a la mitad de la estancia del monarca español en Valencia en los primeros días de 1586. Existe una reedición facsímil de esta obra publicada por Librería París-Valencia, Valencia, 1994. Los viajes por España de Felipe II (1527-1598) han sido estudiados, también por PIZARRO GONZÁLEZ, F.J., *Arte y espectáculo en los viajes de Felipe II*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1999.

Hace el viajero una interesante descripción de la ciudad, remontándose a sus orígenes, aludiendo al antiguo castillo y también a su comarca circundante. Respecto a la catedral menciona: “*El domingo 22, día de Santa Cecilia, fueron su majestad y alteza a oír misa públicamente en la Seo, la cual, acabada, fue jurado su alteza por príncipe sucesor de aquel reino... Ha sido siempre en las reparticiones antiguas, y de presente aún lo es obispado, y su catedral está sujeta al arzobispo de Zaragoza. Tiene el obispo para su mesa hasta veinticuatro mil ducados de renta en cada año. Las dignidades y canónigos suelen vivir todos en común, y todavía tienen sus posadas en un claustro, aunque ahora no comen juntos, y por algunas dignidades, como son la de prior y enfermero, parece que solían ser como frailes claustrales. La Seo es juntamente parroquia, y con ella tiene otras tres que son: San Lorenzo, san Nicolás y San Fermín, que es Saturnín, Apóstol de esta ciudad...*”

François Bertaut, señor de Freauville, realizó a comienzos de la segunda mitad del siglo XVII un viaje a España acompañando al mariscal de Grammont en su viaje cuando fue a pedir la mano de María Teresa de Austria para Luis XIV⁵. El viajero cronista publicó entre otras obras sobre este viaje un Diario del viaje a España. Llegó a Pamplona el 3 de octubre de 1659, ciudad de la que menciona su historia, su ciudadela, habla detenidamente de un librero francés que le acompaña por la ciudad. Respecto a la catedral menciona: “*Paseándome por la ciudad me pareció muy limpia y bastante bonita. La iglesia mayor tiene un claustro, alto y bajo, muy hermoso, donde están los canónigos regulares de la Orden de San Agustín, que no visten más que de negro... En la iglesia mayor no hay otra tumba que la de Carlos IV, rey de Navarra de la casa de Francia, y la de Leonor de Castilla...*”

En 1672, A. Jouvín, francés, natural de Rochefort publicó en París una obra en ocho volúmenes titulada El viajero de Europa, en el segundo tomo de esta obra se contienen las noticias que da de España y Portugal. Según J. García Mercadal⁷, por el aspecto de guía que ofrece el texto, se trata de un viaje ficticio, en el que describe el conjunto de las ciudades de la Península. Describe Pamplona de manera muy sencilla y sobre la catedral únicamente dice: “*la iglesia mayor que es episcopal, cuya torre es muy alta...*”

El 26 de agosto de 1726, Guillermo Manier natural de Carlepont y sastre de profesión emprendió un viaje a Compostela con el fin de huir del pago de las deudas contraídas. Años más tarde, en 1736, escribió la relación de su viaje *Peregrinación de un campesino picardo a Santiago de Compostela a comienzos del siglo XVIII*⁸. A su regreso del Compostela, y después de entrar en Navarra por Tudela, llegó a Pamplona el 21 de diciembre y pernoctó en un hospital de peregrinos. Habla de la ciudad, de la educación de los huérfanos, de la moneda y res-

⁵ *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Tomo II. Siglo XVII*. Recopilación, traducción, prólogo y notas por J. García Mercadal, Madrid, Aguilar, 1959, pp. 549, 553 y 554.

⁶ El propio autor advierte el error y continúa escribiendo: “*Esa inscripción me sorprendió, porque no podía ser Carlos IV hermano de Luis Hutín, rey de Francia y de Navarra. De otro lado entre los reyes de Navarra no se cuentan más que tres Carlos. Pero leyendo a Garibay, encontré que había descubierto ese error antes que yo, y que era preciso que fuese Carlos III...*”

⁷ *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Tomo II. Siglo XVII*. Recopilación, traducción, prólogo y notas por J. García Mercadal, Madrid, Aguilar, 1959, p. 747.

⁸ Editado en 1890 con el título *Pelegrinage d'un paysan picard a Saint-Jacques-de-Compostelle au commencement de XVIII siècle*, publicado y anotado por el barón Bonnault d'Houët. Cit. IRIBARREN, J.M^a., *Pamplona y los viajeros de otros siglos*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1998 (3^a ed.), p. 43.

pecto a la catedral únicamente menciona: “*Los peregrinos van a comer a la catedral, que tiene rentas para eso (a las once) para doce peregrinos, y cuando faltan, toman a algún cura pobre de la ciudad en su lugar, que los hay en gran número en esa ciudad, tanto como en cualquier otra ciudad del reino...Volviendo a referirme a la iglesia catedral, en cuyo interior se come, diré que nos sirvieron sopa, abadejo, un panecillo blanco y dos vasos de vino*”. El mismo día el viajero marchó hacia el norte saliendo por Villava.

El Viaje de España (1772-1794) del valenciano Antonio Ponz (1725-1792), secretario de la Real Academia de San Fernando, elabora, en forma epistolar, un inventario de monumentos de varias regiones. No se limita a objetos artísticos, sino que refleja la agricultura, climatología, etc. El último de los dieciocho tomos apareció de forma póstuma, con una biografía del autor.

Ponz es también autor de un *Viaje fuera de España* (1785) en dos tomos, sobre Francia e Inglaterra -el primero- y Holanda, Bélgica y Francia, el segundo y es en este volumen donde habla de Pamplona y de Navarra. Habida cuenta de la curiosidad de su descripción, de la mala impresión que le causan diversas iglesias pamplonesas con retablos barrocos, del interés que muestra por la nueva arquitectura neoclásica..., se ha considerado interesante copiar sus impresiones de la ciudad:

“Pamplona ya sabe todo el mundo que ha sido, y podrá ser siempre una de las Ciudades fuertes de España; mediante su famosa Ciudadela y Castillo, y por su situación elevada por el lado del río. La Catedral de Pamplona tiene su magnificencia en el gótico: consta de tres naves; y un gran crucero, y las dividen ocho arcos, contando los que se han de añadir con motivo de la nueva portada; que se ha de sacar mas afuera; para la cual ha formado muy buenos dibujos el Arquitecto D. Ventura Rodríguez, y consisten en un pórtico de tres ingresos, adornado interiormente de pilastras, y en lo exterior de cuatro columnas de orden corintio. En dicho pórtico se han de poner estatuas, y la Asunción sobre la puerta del medio. En un sotabanco, y perpendiculares a las columnas también habrá estatuas de Santos Patronos, y rematará en una Cruz con dos Ángeles adorándola, comprendido todo entre dos torres de los lados, que han de tener cuatro cuerpos. La fachada tendrá otro cuerpo retirado del pórtico con su frontispicio.

El retablo mayor es de buena arquitectura, y consta de tres cuerpos, en los cuales, y en el basamento se representan asuntos de la Vida, y Pasión de Cristo, todo ello bastante arreglado; pero si no le quitan el ridículo tabernáculo moderno, y lo demás con que han llenado el espacio que ocupaba el antiguo, mantendrán una insufrible deformidad, cual es la que se observa en los demás retablos de las Capillas.

El Coro, que consta de unos cien asientos, es cosa singular por su término delicado, y rico de escultura, al modo de los mejores que he encontrado en varias catedrales de España, y le he referido a V. Merece muchas alabanzas su artífice, que fue, según me dicen, un

tal Miguel Ancheta, y lo trabajó en un excelente roble traído de Inglaterra. Son muchas las estatuas de Santos y Santas del nuevo y viejo Testamento, con las de Jesucristo, los Apóstoles, etc. Es infinita la labor de las columnitas, brazos de las sillas, cornisamento, y de todas sus partes. Piezas comparables a esta, y a otras tales y que hay en algunas de nuestras Iglesias, no las he encontrado fuera de España en todo este viaje. En medio del Coro se conserva un Sepulcro suntuoso de Carlos el mayor, Rey de Navarra, y de Doña Leonor, Infanta de Castilla, ejecutado con simplicidad, según los tiempos en que se hizo.

Las rejas del Coro y del Presbiterio tienen que ver en su estilo delicado, que parece de la misma edad que el edificio. Por este término gótico es de admirar la prolijidad con que se ve trabajado el Claustro, grande, sus trepados en las ventanas, balaustres, y antepecho. Se conserva parte de un Claustro pequeño de grandísima antigüedad; en cuyos capiteles de sus columnas pareadas se presentan pasos de la Pasión de Cristo, ejecutados con rusticidad y se puede creer que es obra del siglo séptimo, ú octavo antes de la introducción de la Arquitectura Alemana, que llamamos vulgarmente Gótica.

Los Canónigos de esta Iglesia conservan su antiguo instituto regular, y así mantienen sus habitaciones en el Monasterio adjunto al Templo. La pieza del Refectorio es cosa magnífica; y por su término lo es también la Cocina. Dan de comer todos los días a doce pobres peregrinos; y si no los hay, a otros, suministrándoles buena comida, y buen pan.”

Como ha podido verse la descripción que A. Ponz realiza de la Catedral es amplia y detenida, sin embargo su paseo por otras iglesias de Pamplona le produjo un efecto desagradable:

“Tocante á las otras Iglesias siento haber visto en la Parroquial de S. Lorenzo el monstruoso ornato de la Capilla de S. Fermín, y el indecible maderaje de retablos amontonados y extravagantes en la de S. Saturnino. No hay en la Iglesia del Carmen cosa razonable adonde volver los ojos, pues empezando de la clásica monstruosidad del retablo mayor, así por la arquitectura, como por la escultura, siguen los otros por el mismo término.

El retablo mayor de la Iglesia de los PP. Dominicos es en el estilo medio, digno de consideración por sus bajorrelieves y cuerpecitos de arquitectura. No es poco que no haya tenido mal paradero, como otros infinitos de esta clase; y del que estuvo amenazado, para poner en su lugar una mamarrachada como es la arquitectura de los otros retablos. Ya por fin le pusieron un ridículo Tabernáculo nuevo que está diciendo qué tal hubiera sido lo demás, si se hubiera hecho. Grandemente harían en quitarlo, y poner el antiguo, u otro de mejor forma.

Respecto de que esta vista de Pamplona es como de paso, no me

detengo mas en otras noticias; verdad es que en las demás Iglesias donde he entrado así de Parroquias, como de Conventos, hay muy poco que contar, oí no referir obras de talla, como es el tremendo retablo de las Monjas Recoletas en el paseo que llaman de la Taconera, y es lástima verle en una Iglesia muy regular de orden dórico.

En el Convento de Capuchinos, que dista como un cuarto de legua de la Ciudad por su lado de Norte, está el Sepulcro de mármoles del General Gages, que le hizo erigir S. M. y consiste en una urna sobre basamento, en el cual hay dos niños, y en medio el escudo de las armas Reales en bronce. Hizo dicha obra D. Roberto Michel, Director de la Real Academia de S. Fernando, y Escultor de S. M. Para ir á Capuchinos se pasa el río Arga por buen puente.

Pamplona se ha mejorado mucho de algunos años a esta parte, así en la limpieza de sus calles, como en su excelente enlosado: es lástima que las asombren y afeen no poco los grandes aleros de los tejados...”

En los últimos años de la primera Guerra Carlista recorrió España el italiano Carlos Demwoski recogiendo sus impresiones del país en la obra *Dos años en España y Portugal durante la Guerra Civil 1838 – 40*. Llegó a Pamplona en 1940 por la Burunda y, desde el primer momento, la ciudad le gusta, le atrae:

“Es una linda ciudad de antiguo género español: bellas y numerosas iglesias brillantes de oro, conventos magníficos, una plaza espaciosa, que sirve, en caso necesario, de ruedo a los toreros... y una soberbia catedral erigida por los reyes de Navarra: Carlos III y doña Leonor. Sus sepulcros embellecen el coro, situado en medio de la nave, a la usanza española.

Al ver la fachada, reconstruida muy recientemente en estilo italiano, no se diría que hay detrás una iglesia gótica. Extrañado por esta falta de unidad arquitectónica, me lamenté ante el canónigo que tenía la amabilidad de servirme de guía. ¿quién me habría dicho que estaba equivocado? mi amable mentor me lo ha probado, sin embargo.

¿Veis mi sotana? -me ha dicho-; ¿tiene el revés alguna relación con el derecho? Pues ¿Porqué el exterior de un edificio ha de tenerla más con el interior? La fachada puede ser, pues, de estilo italiano y la nave de estilo gótico, enteramente lo mismo que el paño de mi sotana es negro y la seda del forro de color violeta...”

El viajero en su visita quedó maravillado del conjunto de la catedral, de su claustro, se quedó hablando con el canónigo y el sacristán de diversos aspectos de la religión, de la impiedad del ateísmo... después siguió visitando la ciudad marchando dos días más tarde hacia Italia.

El escritor Víctor Hugo (Besançon, 1802 – París, 1885), máxima figura del

Romanticismo francés, fue poeta, novelista y dramaturgo. Tras su breve estancia anterior en España, volvió en un corto viaje en 1843. Además de las impresiones que narra en su obra publicada póstumamente, *Alpes et Pyrénées*, se conocen detalles de su viaje por el libro *Le voyage de Víctor Hugo en 1843. France – Espagne – Pays Basque*, de la escritora francesa Gilberte Guillaume-Reicher publicado en París en 1936.

“Estoy en Pamplona y no sabría decir lo que siento. Jamás había visto esta ciudad y me parece que reconozco cada calle, cada casa, cada puerta. Toda la España que vi en mi infancia se me aparece aquí como el día que vi pasar la primera carreta de bueyes. Treinta años se borran de mi vida, vuelvo a ser el niño, el francesito, el niño, el chiquito francés como me llamaban. Todo un mundo que dormitaba en mí se despierta, revive y hormiguea en mi memoria. Creía que estaba casi borrado; helo aquí más resplandeciente que nunca.”

Evocadoras palabras con las que Víctor Hugo comienza su relato sobre Pamplona, lugar en el que sintió revivir con nostalgia el recuerdo de su lejana infancia. Recuerdo de aquella España en guerra a la que llegó con su madre y sus hermanos en la primavera de 1811 y en la que permaneció durante nueve meses, dado que las campañas napoleónicas obligaron a su familia a constantes desplazamientos.

A lo largo de todo el relato sobre Pamplona, la descripción que de ella hace es admirable; la inspiración del ambiente de la ciudad le llevaron a escribir páginas en las que se rememora su mejor estilo, su prosa brillante y colorista, sus fuertes contrastes o sus palabras líricas y humorísticas. Según Gilberte Guillaumie, Víctor Hugo se sintió fuertemente inspirado por la altiva, mística y alegre capital de Navarra, ciudad múltiple y única, tan vieja y tan cargada de historia, y tan joven al mismo tiempo en el rumor de sus surtidores y en el olor de sus jazmines.

Hace referencias a la historia de la ciudad, a su pasado romano y medieval, a sus edificios, sus torres, sus paseos y jardines, sus casas y paisaje circundante, sus detalles escultóricos, sus santos...: *“Todas las iglesias tienen un altar dedicado a San Saturnino, que fue el primer apóstol de Pamplona, y otro altar a San Fermín que fue su primer obispo”*. Pero, sobre todo, a pesar de la horrible imagen inicial que le deparó la catedral: *“...Estuve tentado de no penetrar en ella... Vista de cerca es aún peor. Las dos excrecencias talladas en forma de tronchos de col y decoradas con el nombre de torres... ¡Qué horrible máscara es esta fachada! ¡Qué orejas de burro esos dos campanarios!...”*, hizo una hermosa descripción de ella.

Las páginas que le dedica realizan un sugerente recorrido por toda la seo pamploesa, desierta, oscura, con los primeros rayos de sol atravesando las vidrieras. Se detiene con deleite en el mobiliario, en el altar mayor, en la resplandeciente imagen de Santa María la Real, vista a través de una maravillosa reja, en las escasas personas que asistían al oficio de la Misa, en la alta y sombría obra de carpintería del coro, en su verja, en el sepulcro de Carlos III *“...digno de encontrar-*

se en Brujas junto a las tumbas de María de Flandes y Carlos el Temerario, en Dijón con las tumbas de los duques de Borgoña, o en Brou con las tumbas de los duques de Saboya". Queda asimismo sorprendido por los enormes misales, la caja del órgano, las capillas que rodean al altar mayor y sus inmensos retablos y, sobre todo, admira el claustro "...y me encontré de pronto en uno de los más hermosos claustros que haya visto en mi vida..." De nuevo en la iglesia, llegó a la sacristía. La sorpresa que le causó le llevó a escribir "...Dante está en el claustro; Madame de Pompadour en la sacristía... La sacristía invita al pecado, y el claustro a la penitencia".

Su recorrido no acabó en la catedral, más tarde y al día siguiente paseó por las murallas, sus plazas, describe la fonda en que se hospedaba desde la que se veía el andamiaje levantado para las corridas de toros, alaba el elegante edificio del Ayuntamiento aunque rechaza la feria que se celebra en la plaza frente al edificio.

Víctor Hugo pasó tres días en Pamplona. En tan breve espacio de tiempo dejó escritas sobre ella unas inolvidables páginas que terminan así: "*A medianoche se hace el silencio y no se oye más que la voz de los serenos que gritan la hora, que, en el momento en que os dormís, estalla bruscamente en la torre vecina, luego se repite alejada y disminuida en otra torre al extremo de la plaza, y luego va debilitándose de campanario en campanario, y se desvanece en las tinieblas*".

Dado el interés de la crónica realizada por Víctor Hugo, de sus descripciones detalladas, llenas muchas veces de poesía, de guiños sugerentes, se transcribe la totalidad del texto referente a la catedral, en la que debió de estar durante un importante espacio de tiempo habida cuenta del detallismo de sus reflexiones:

"El primer objeto que se busca con la mirada cuando se ve una ciudad en el horizonte por primera vez, es la catedral. Al llegar a Pamplona había visto de lejos, hacia el extremo oriental de la villa, dos abominables campanarios de tiempos de Carlos III, época que corresponde a nuestro peor Luis XV. Esos dos campanarios que pretenden ser agujas, son iguales. Si queréis imaginaros una de estas agujas, figuraos cuatro gruesos tirabuzones sosteniendo una especie de jarrón panzudo y turgente, que está rematado por una de esas vasijas clásicas, vulgarmente llamadas urnas, que parecen haber nacido del maridaje de un ánfora y un botijo. Todo esto de piedra. Estaba encolerizado, ya lo creo.

-¡Cómo!, decía, he aquí lo que han hecho con esta catedral casi románica de Pamplona que ha visto construir la ciudadela de Felipe II, que ha visto un arcabuz francés herir a Ignacio de Loyola, y que Carlos d'Evreux, rey de Navarra, había encontrado tan bella que quiso poner en ella su tumba.

Tenía la tentación de no ir. No obstante, habiendo llegado a Pamplona y viendo el aspecto lamentable de los dos campanarios al final de la calle, tuve un escrúpulo y me dirigí al pórtico.

Visto de cerca es todavía peor. Las dos excrecencias talladas en tronchos de coles y decoradas con las agujas que acabo de esbozaros están sostenidas por una columnata con la que no puedo compa-

rar nada excepto la columnata de Saint-Denis del Santo Sacramento de nuestra calle San Luis de París. Y estas torpezas se dan en las escuelas como arte griego y romano. ¡Oh amigo mío, qué feo es lo feo cuando tiene la pretensión de ser bello!

He retrocedido ante esta arquitectura e iba a dejar en ese punto la iglesia cuando volviéndome a la izquierda he visto detrás de la fachada los altos muros negros, las ojivas de ventanales flamígeros, los pináculos delicados, los contrafuertes robustos de la venerable catedral de ramplona. He reconocido la iglesia que había soñado.

Está allí, como si sufriera no sé qué castigo, escondida, oscura, triste, humillada, detrás del odioso pórtico con la que el "buen gusto" la ha vestido. ¡Qué careta esa fachada! ¡Qué orejas de burro esos dos campanarios!

Reconciliado y satisfecho, he entrado en el edificio por un pórtico lateral que es del siglo quince, simple, poco ornamentado, pero elegante. Las puertas están llenas de clavos y flores de lis, y la alda-ba de hierro, formada por dragones que se muerden, tiene una bella forma bizantina.

El interior de la iglesia me ha encantado. Es gótico con magníficas vidrieras.

Antes os hablaba de una entrada de palacete que es un hermoso poemita. La catedral de ramplona también es un poema, pero un poema grande y bello, y, puesto que he sido llevado a esta asimilación que nace con tanta naturalidad entre las cosas de la arquitectura y las cosas de la poesía, permitidme añadir que este poema tiene cuatro cantos, que yo titularía: el altar mayor, el coro, el claustro y la sacristía.

En el momento en que entraba en la catedral, eran algo más de las cinco de la mañana. Acababan de abrir y todavía estaba desierta y oscura. Los primeros rayos del sol naciente atravesaban horizontalmente las vidrieras de la alta nave y lanzaban de una ojiva a otra grandes vigas de oro que se recortaban claramente sobre el fondo oscuro y resplandecían en la tenebrosa iglesia. Un cura viejo muy encorvado decía la primera misa en el altar mayor.

El altar mayor apenas iluminado por algunos cirios encendidos, medio rodeado por una muralla flotante de tapicerías y de colgaduras que se sujetaban a los pilares del ábside e interceptaban la luz, parecía, en esta bruma que lo envolvía, un montón de pedrerías. Alrededor se levantaban toda clase de muebles deslumbrantes que sólo se ven en las iglesias españolas, credencias, bargueños, arcones y aparadores de estípites con cajoncitos. Al fondo, detrás de los manojos de lis, encima del altar mayor, y en medio de una especie de aureola que quizás sólo era de madera dorada pero a la que la hora y el lugar daban una majestad extraña, entre las paredes resplandecientes de un armario de oro abierto de par en par, resplandecía una madona con vestido de plata, con una corona imperial en la cabeza y el Niño Jesús en sus brazos. Vislumbraba esto a través

de una maravillosa reja de hierro de la época de Juana la Loca, labrada por los cinceladores prodigiosos del siglo quince, cargada de flores, arabescos y figuras. Esta reja, de una altura de más de veinte pies y a la que se sube por algunos peldaños, cierra el santuario por el único lado por el que la mirada puede penetrar.

Nada más sobrecogedor, a esta hora sagrada y sublime de la mañana, que este hombre de pelo blanco, solo en medio de esta gran iglesia, vestido con ropajes espléndidos, hablando en voz baja, hojeando un libro mientras hacía una cosa misteriosa en este lugar magnífico, oscuro, silencioso y oculto. Esta misa se decía para Dios, para la inmensidad y para la anciana que la oía acurrucada detrás de, un pilar a unos pasos de mí.

Todo eso era grande. Esta vieja iglesia este viejo cura y esta vieja mujer parecían ser una especie de trinidad y no ser más que uno. Los dos sexos y el edificio: eran un símbolo al que nada faltaba. El viejo cura había sido fuerte y se había quebrantado, la mujer había sido bella y se había marchitado, el edificio había estado completo y estaba mutilado. El hombre envejecido en su carne y en su obra adorando a Dios en presencia de aquel sol deslumbrante que nada entibia, al que nada apaga, al que nada arruga, al que nada altera, decid, ¿no encontráis que era grandioso?

Estaba conmovido hasta el fondo de mi corazón. Ningún pensamiento discordante salía de este melancólico contraste; sentía, por el contrario, que una inexpresable unidad se desprendía de ello. Ciertamente, no hay más que un misterio muy insondable y muy profundo que pueda unir así en una íntima y religiosa armonía la decrepitud incurable de la criatura y la eterna juventud de la creación.

Acabada la misa me he girado y he visto el coro, que en las iglesias del norte de España está frente al altar.

El coro de la catedral de Pamplona, alta y oscura obra de carpintería del siglo dieciséis, se compone de dos filas de sillas que ocupan los tres lados de un cuadro largo, cuyo cuarto lado está cerrado por una reja de hierro, magnífica cerrajería de la misma época. Detrás de cada silla está esculpido, en medio, en el roble, uno de los santos de la liturgia. Toda la madera está labrada por el cincel ágil y espiritual del Renacimiento. En medio del lado pequeño del cuadrado que está frente a la reja y, por consiguiente, frente al altar, se levanta el trono del obispo rematado por un precioso pináculo calado. El actual obispo de Pamplona, que vivía poco de acuerdo con Espartero, está en este momento en Francia, en Pau, creo, donde se refugió hace dos años.

Estaba cansado de andar toda la mañana y me he sentado en este trono vacante. ¡Un trono! ¿no encontráis este lugar de reposo singularmente elegido? Sin embargo, lo he hecho. El libro de coro del obispo estaba ante mí sobre su atril. Lo he abierto. Estaba roto

en casi cada página.

La reja del coro en la que revolotean ángeles y se retuercen serpientes como en un follaje mágico, está enfrente de la reja del altar mayor. El arte del siglo quince y el arte del siglo dieciséis están presentes, ambos con sus caracteres más marcados y más opuestos; uno es más delicado, el otro es más abundante; no se sabe cuál es más maravilloso.

En el centro del coro, otra reja de hierro que se asemeja a una gran jaula recubre y protege, dejándolo ver, el cenotafio de Carlos VIII de Evreux, rey de Navarra.

Es una adorable tumba del siglo quince, que sería digna de estar en Brujas con las tumbas de María de Flandes y de Carlos el Temerario, en Dijon con las tumbas de los duques de Borgoña, o en Brou con las tumbas de los duques de Savoya. El motivo nunca varía ¡pero es tan simple y tan bello! El rey con su león, la reina con su lebrél, yacen uno al lado del otro, con la corona en la cabeza, en este lecho de mármol, conmovedora tumba conyugal, alrededor de la cual dan vueltas, bajo pequeñas arquitecturas del más exquisito trabajo, una procesión de figuritas afligidas. Una parte de la tumba está odiosamente mutilada. Casi todas las estatuas están partidas por la mitad.

Siete u ocho misales enormes, que ha dado a Boileau una rima tan bella y un verso tan maravilloso, encuadernados en pergamino y adornados con cantoneras de cobre, están colocados alrededor del cenotafio y puestos en el suelo como escudos de soldados descansando. Están alzados contra la reja del sepulcro. Parece que el azar haya tenido una idea al llevar los libros de la iglesia a la tumba.

Una ancha caja de órgano, del gusto del siglo pasado, muy rica y muy dorada, domina todo el coro y no lo estropea.

Encima se lee un versículo que, por otro lado, está inscrito sobre casi todos los órganos en España: Laudate Deum in chordis et organo. Más abajo está la fecha: AÑO 1742.

Las capillas que rodean el altar mayor y el coro están adornadas, casi podría decirse atestadas, de estos inmensos doseles esculpidos y dorados que siempre han gustado a este viejo país católico. La moda es excesiva. He visto en una capilla uno de estos doseles que era del siglo quince y en un lado otro del siglo trece. En medio de este retablo, colgaba de tres clavos un gran Cristo bizantino completamente negro, con la barba rizada y las costillas prominentes, vestido con un amplio refajo de puntillas blancas.

¿Dónde diablos va a meterse la puntilla?

Pendones colocados en la pared, madonas en nicho de damasco rojo y tumbas esculpidas en el muro a diversas alturas completan el mobiliario de la iglesia.

Al salir del coro, no sé qué efecto de claroscuro me ha atraído a la derecha hacia la puerta lateral que estaba enfrente de aquella por la que había entrado, y de pronto me he encontrado en uno de

los más bellos claustros que he visto en mi vida.

Es un vasto cuadrilátero, rodeado de grandes ojivas, cuyos cruceros dibujan ricos Y, robustos ventanales del siglo catorce. Algunas de estas ojivas llevan las señales de una restauración reciente, e inteligente, me apresuro a decirlo. Encima de la galería ojival, una segunda galería más baja, con vigas esculpidas, sostiene el tejado de tejas huecas que rebasan aquí y allá unos pináculos de piedra negra de forma exquisita. El patio del claustro es un jardín, muy bien cuidado donde bojés podados trazan todos estos encantadores arabescos de los jardines del siglo diecisiete.

Todo es bello en este claustro, la dimensión y la proporción, la forma y el color, el conjunto y el detalle, la sombra y la luz. Ora es un viejo fresco que anima y da vida al muro, ora es un sepulcro de mármol gastado por los años, ora una puerta de roble arreglada y remendada de tal modo que mezcla sorprendentemente la labor de carpintería de todas las épocas.

Mientras pasaba, el viento hacía vacilar en las rejas de hierro del jardín viejas flores de lis navarras medio arrancadas, al lado de las cuales se abrían con todo su perfume y con todo su esplendor las eternas flores de lis de Dios.

El piso sobre el que se anda está formado por largas losas negras. Cada losa lleva una cifra y cubre a un muerto. Hay algo árido y helado en esta manera de etiquetar a los difuntos. Consiento en convertirme en polvo, en ceniza, en sombra; me repugna convertirme en una cifra. Es la nada sin poesía; es demasiada nada.

En uno de los rincones del claustro, algunas ojivas alargadas, tapiadas en parte, se despliegan alrededor de una especie de habitación misteriosa. Es una capilla. Pero ¿por qué separada de la iglesia?

No veía en ella más que un mobiliario bastante deteriorado, un crucifijo, un altar de madera, una lámpara de hojalata troquelada. No obstante admiré la reja de hierro que cierra los dos lados de la capilla que dan al claustro y que es una preciosa muestra de la labor de cerrajería recia y complicada del siglo catorce. Esta reja es la curiosidad de la capilla tanto por el trabajo como por el material. No obstante no es más que hierro, pero es hierro ilustre.

En la batalla de Tolosa el Miramamolín hizo rodear su campo con una cadena de hierro, que el rey de Navarra rompió de un hachazo. Como la cabellera de Berenice, que obtuvo rango entre las estrellas, esta cadena ha quedado como una de las constelaciones del blasón. Ha formado los escudos de armas del reino de Navarra y no hace mucho todavía tenía la mitad del escudo de Francia. Pues bien, es con el hierro de esta cadena con el que se ha hecho esta reja. Eso es al menos lo que revela al transeúnte y lo que afirma en un rótulo colgado encima de la reja este cuarteto de un latín un poco bárbaro y enigmático: CINGERE QVAE CERNIS CRVCIFIXVM FERREA VINCIS / BARBARICAE GENTIS FVNE-

RE RUPTA MANENT / SANCTIVS EXUVIAS DISCERPTAS VINDICE FERRI / HVC ILLVC SPARSIT STEMATA FRVSTA PIVS / ANO 1212.

No tengo nada que replicar a este cuarteto a no ser que el trabajo de la reja denota el siglo catorce y en absoluto el trece.

Lo que también es del siglo catorce es el portal interior por el que había entrado de la iglesia al claustro. Allí, tímpanos, dovelajes, capiteles, columnitas, medallones, estatuillas, todo es del más bello estilo de esta bella época. Añadid a eso que, protegido por el claustro contra la acción del aire y por el azar contra los escaladores, este portal ha conservado con todo su esplendor y casi con toda su frescura el dorado y la pintura de la época. Estaba maravillado. -¡Ya lo creo!, pensaba, ¡es para ponerse de rodillas delante!

Me vuelvo y veo a alguien que, en efecto, estaba "de rodillas delante" y de rodillas sobre la losa, y ¿quién? una mujer de unos cuarenta años, bella todavía, de rostro noble y envuelta en una rica mantilla de encaje negro. Cuando la miraba sorprendido, una mujer, ésa vieja y harapienta, entra en el claustro y va a arrodillarse junto a la primera. Luego una tercera. Daos cuenta de que estábamos fuera de la iglesia. ¡He aquí, decía yo, lo que es adorar devotamente a la arquitectura! Un poco de atención me lo ha explicado todo. Había sobre el bastidor del portal una muñeca representando a la Virgen y al lado del muro una inscripción... Es probable que esta inscripción sea el azar del que antes hablaba y que ha impedido el encalado. La muñeca ha salvado el pórtico.

Cuando acababa de copiar la inscripción, la bella devota arrodillada se ha levantado y, pasando cerca de mí, casi sin volverse me ha dicho por encima del hombro: Caballero francés que lo miráis todo, id a ver la sacristía. Luego se ha alejado rápidamente.

He entrado en la iglesia, he fisgoneado por todas partes, y al fin, a fuerza de empujar todas las puertas, he llegado a la sacristía.

¡Oh! ¡Cómo era aquello, en efecto, una sacristía del gusto de una bella devota española! Figuraos un inmenso gabinete grotesco, dorado amanerado, florido, coquetón, ambarino y encantador. El papel de la pared imita al damasco al que ha substituido, el suelo de ladrillos y de piedras imita al mosaico. Por todas partes bellos Cristos de marfil. Magdalenas desvanecidas, espejos inclinados, sofás con gruesos cojines, tocadores con pies de chivo, rinconeras con anaqueles de brecha de Alepo; una luz resplandeciente; rincones misteriosos; muebles desconocidos y variados; curas que van y vienen, casullas deslumbrantes en los cajones entreabiertos; no sé qué perfume de marqués, no sé qué olor a cura, he aquí la sacristía de Pamplona.

Fue un digno obispo, el cardenal Antonio Zapata, el que hizo esta galantería a la catedral. La transición es brusca; es casi un choque. Dante está en el claustro; Madame de Pompadour está en

la sacristía.

Después de todo, también ahí, una cosa completa a la otra, y la armonía está en el fondo. La sacristía invita al pecado y el claustro a la penitencia. Ya se decían las misas en todas las capillas y la iglesia se llenaba de fieles, de mujeres, sobre todo. He dado una vuelta por ella por última vez.

Al lado del gran pórtico, el coro está respaldado por un grueso muro al que está adosada una tumba de mármol blanco. El epitafio, en letras de oro casi borradas, indica que allí están los restos de aquel valiente Buenaventura Dumont, conde de Gages, que derrotó en muchas ocasiones a los imperiales y a M. de Savoya en persona.

Una de estas refriegas constituye una batalla muy bella que vemos esculpida en bajo relieve encima del epitafio. Hay ahí cañones apuntados, caballos que se encabritan, oficiales que mandan, nutridos batallones que cruzan sus picas y se asemejan a malezas que un viento furioso mezclaría.

Nada más extraño que esta refriega petrificada y muda, inmóvil para siempre en esta oscura iglesia en la que de vez en cuando se oye la voz chillona, débil e intermitente del niño de coro.

Ese gran tumulto que hace la batalla y ese gran silencio que da la tumba dejan en el corazón una grave enseñanza. ¡He aquí pues lo que es la gloria de los hombres de guerra en la muerte! Se calla. La gloria de los poetas y los pensadores canta y habla eternamente.

Mientras tenía no sé qué ensueño delante de esta sepultura, un ruido de órgano y un canto violento, lúgubre y salvaje, que ha estallado de repente a mi izquierda en la capilla vecina, me ha hecho volver la cabeza.

Un ataúd, que sin duda acababan de traer, estaba colocado en el suelo sobre las losas. Se veía su madera, apenas oculta por un paño negro raído y agujereado. Cuatro cirios ardían a su alrededor; tres librillos redondos estaban colocados encima de una plancha en el suelo al lado de la cabeza del ataúd. A unos pasos a la derecha resplandecían cuatro grandes antorchas de resina, cuya reverberación me mostraba confusamente, en una capilla oscura, al cura en casulla negra con una cruz blanca diciendo la misa de difuntos. Los cantos del órgano venían de lo alto como un ruido sobrenatural. No podía distinguirse de dónde partían. Alrededor de esto, una multitud de mujeres de todas las edades, colocadas en una especie de semicírculo a cierta distancia del ataúd, todas graciosamente tocadas y envueltas en la mantilla de seda negra, agachadas en el suelo de la iglesia, a la usanza española, en la lánguida y encantadora postura de las mujeres del serrallo, con la mirada las más de las veces alta que baja, jugaban con el abanico, oían la misa y miraban a los que pasaban.

Yo miraba sucesivamente el sepulcro del conde de Gages y este pobre entierro de un desconocido. Dos nada. Uno honorado, el

otro desdeñado. Amigo mío, si las cosas a las que llamamos inanimadas pudieran de pronto tomar la palabra, ¡qué diálogo entre esta tumba de mármol y este ataúd de abeto!

Por la noche, me he paseado por las murallas, solo y pensativo.

Hay días en la vida que remueven en nosotros todo el pasado. Estaba lleno de ideas inexpresables. La hierba de las contraescarpas agitada por el viento silbaba débilmente a mis pies. Los cañones pasaban sus cuellos entre las almenas como para mirar el campo. Las montañas del horizonte, difuminadas por el crepúsculo, habían cogido unas formas magníficas; el llano estaba oscuro; el Arga rizado por mil reflejos luminosos, se deslizaba entre los árboles como una culebra de plata.”

En la primera mitad del siglo XIX, Francisco de Paula Mellado, escritor y editor madrileño publicó una *Guía del viajero en España* (1846) y más tarde *Recuerdos de un viaje por España* (1849) en los que habla de diversos aspectos de Navarra, de Pamplona y dice respecto a la catedral: “*Fue edificada pobremente, según se cree por San Fermín... el cual colocó en ella la efigie de Nuestra Señora llamada Santa María la Blanca o Santa maría de Pamplona*”. El autor menciona, además, que fue destruida por los árabes y elogia la nueva y magnífica fachada que se construyó al terminar el siglo último y su suntuoso pórtico. El mismo autor en su *Diccionario Universal de Historia y Geografía* de 1848, vuelve a hacer una escueta referencia a la seo pamplonesa de la que dice: “*en la catedral debe verse particularmente la Sala llamada Preciosa, en que se celebran las Cortes del Reino, y el sepulcro del Conde de Gages*”⁹.

El médico, literato y arqueólogo francés, Augusto Emilio Bejín, nacido en Metz en 1803, publicó en 1852 *Voyage Pittoresque en Espagne et en Portugal* donde recoge las impresiones de su viaje por la Península en 1850. Al hablar de Navarra y de Pamplona, lo hace con excesiva imaginación llegando a calificar a Navarra como *el Dorado* de los contrabandistas, imaginación reflejada también en la descripción del nombre de Pamplona “*...El nombre de Babilonach que escribieron los moros con el hierro de sus lanzas, reemplazando al Pompeyópolis romano...*” Respecto a la catedral menciona: “*Dos sistemas de arquitectura religiosa parecen enfrentarse y desafiarse. Arcadas bizantinas cubren unas tumbas. Arcadas ojivales cubren otras. Reminiscencias de la vida claustral frente a la invasión de la vida mundana. Una población crédula que viene a ofrecer a las almas de los difuntos, trigo, pan y oraciones. Así me pareció la catedral de Pamplona.*

Se detiene uno allí ante las sepulturas de Carlos el Mayor y de su esposa la reina Leonor de Castilla, ante la del conde de Gages o las de Miguel de Ancheta... Se ven en ella hermosos retablos, varios trozos de escultura limosina mezclados con trozos de escultura aragonesa, y se asiste al espectáculo del conflicto artístico de dos pueblos limítrofes”¹⁰.

Justino Cénac-Moncaut¹¹, literato, historiador y arqueólogo francés, nacido en

⁹ Cit. *Ibidem*, pp. 219-223.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 224 – 230.

¹¹ *Ibidem*, pp. 231 – 242. Menciona José María Iribarren que en la Biblioteca Nacional de Madrid, buscando libros sobre viajeros encontró la obra *Voyage archeologique et historique dans l'ancien Royaume de Navarra par J. Cénac-Moncaut Paris, 1857*), habida cuenta de la amplia información que ofrece, nos remitimos a lo publicado por Iribarren.

1814, escribió, entre otras obras de viajes, la titulada *Voyage archeologique et historique dans l'ancien Royaume de Navarre par J. Cénac-Moncaut* editada en París en 1857. El autor ofrece múltiples datos sobre la región y sobre Pamplona, sus plazas, paseos, revisando y describiendo sus principales monumentos. Elogia el pórtico de la catedral y en especial, sus torres: “*Apresurémonos a decir, sin embargo, que si la obra de Ventura Rodríguez choca con el monumento gótico al que sirve de complemento, forma, no obstante, tomada y considerada en sí misma, un monumento de muy gran estilo. Francia no posee tal vez nada que sea comparable a la armonía majestuosa de esas dos grandes torres*”.

No es esta la única vez que Cénac-Montacut menciona la ciudad y su catedral, dado que en una obra de 1861, *L'Espagne inconnue*, recoge sus impresiones de un recorrido por las regiones pirenaicas, libro curioso y atractivo, donde se aleja, en cierta manera de las simples descripciones y ofrece reflexiones, anécdotas, explica tipos, paisajes... Nuevamente cuenta su visita a la catedral y habla del obispo Barbazán y su tumba, afirmando que antes de morir fundó la cofradía del Santísimo Sacramento, en cuyos estatutos declaró: “*Que todo cofrade que comiera perdiz el día de la fiesta de la cofradía sería inexorablemente excomulgado. ¿Cuál podía ser el motivo de este rigor? ¿Quería proscribir entre los canónigos la afición a la caza? ¿Trataba de dar una lección de abstinencia? ¿Profesaba una aversión invencible contra un ave, en la que los bestiaros de la Edad Media representaban al demonio del robo? El autor advierte que no pudo visitar la Sala Preciosa del claustro pues estaba convertida en un almacén lleno de materiales, de escombros de polvo y de telarañas*”.

Más adelante, le llama la atención el enorme refectorio, donde dice que es probable se celebrara el gran festín ofrecido a Juan de Albret y a su esposa Catalina después de su coronación en 1494: “*¿Cómo se comería, gran Dios, en un local de tan vastas proporciones, en una época en que los ejercicios corporales y los goces del paladar tenían tanta importancia en la vida! Recorriendo estos lugares, hoy abandonados, me parecía escuchar el fragor metálico de cuchillos y tenedores de hierro, de fuentes de plata y de platos de estaño, de cubiertos de oro y de copas de cobre...*” Tras seguir con esta descripción y ofrecer más datos sobre Pamplona, el autor marchó en diligencia hacia las tierras de la Ribera.

Como ha podido advertirse, una buena parte de los viajeros que recorriendo estas tierras hacen mención a la catedral de Pamplona, realizan sus viajes a lo largo del siglo XIX. Sin embargo, no son los únicos pues conviene mencionar a otros como George Edmund Street, arquitecto inglés y gran admirador del arte medieval que en su obra *La arquitectura gótica en España*, publicada en Londres en 1865, hace reflexiones en torno a la región no sólo con afán descriptivo de sus monumentos sino como un viajero que menciona sus impresiones ante el paisaje, las costumbres, etc. Respecto a la catedral, al igual que otros, califica su fachada de “*desdichada composición pagana, en completo desacuerdo con el resto del edificio*”, mientras que el claustro le parece “*una obra encantadora por todos los conceptos y uno de los más sorprendentes y admirables de su época*”¹². Asimismo, en 1869, Eugenio Poitou, publicó en Tours su obra *Voyage en Espagne*, en la que recoge sus impresiones del viaje realizado a la Península Ibérica en 1866; en él refiere distintos aspectos de la vida de Pamplona, de sus

¹² Cit. *Ibidem*, pp. 246-248.

gentes y de la catedral admira su interior y la joya gótica del claustro mientras que le desagrada la fachada de estilo grecorromano; al mencionar la sacristía, le llama la atención un brasero que sirve para abastecer los incensarios y encender los cigarrillos, “*porque en España todo el mundo fuma, hasta los eclesiásticos, y aun en la sacristía*”¹³.

En 1873 el conde inglés Henry Russel publicó en Londres la obra *Biarritz and the Basque Countries*, en la que alude brevemente a la región. Dice de Pamplona y su catedral: “*Pamplona es una extraordinariamente antigua ciudad... la catedral, edificada en 1397, tiene preciosos claustros y una enorme campana en una de sus torres. Se halla al extremo de la ciudad*”¹⁴.

Más destacables y detalladas son las apreciaciones realizadas por el escritor francés L. Louis Lande que en 1877 visitó Navarra y el País Vasco, publicando en París en el mismo año *Trois mois de Voyage dans le Pays Vasque*, editados en la “*Revue de Deux Mondes*”¹⁵. El autor describe su viaje por Navarra con gran detalle, fuerza y colorismo y tras comentar su entrada en Pamplona y una hermosa y colorista descripción de la Taconera, realiza diversas apreciaciones respecto a la catedral, cuyo acceso le desagrada: “*Un pesado pórtico del siglo último, compuesto de columnas corintias y de un frontón triangular deslucen la entrada; las dos torres que desde la carretera de Villava hacían un efecto tan encantador, están construidas en el mismo estilo greco-romano, cuya simetría y línea recta son casi los únicos distintivos. Pero en cuanto se ha empujado la puerta, ¡qué de magnificencias!*”. Louis Lande, alaba su interior y le impresiona el claustro y su inculto jardín: “*En uno de los ángulos, un ciprés solitario, contemporáneo de los viejos prelados que yacen junto a él bajo la fría piedra, alza melancólicamente su cabeza sombría y su tronco pelado. Se emociona uno casi a pesar suyo; este abandono, este silencio, la frescura misma que reina en este reducto sepulcral parecen invitar al alma hacia el recogimiento y la oración*”. La elegancia de la sacristía, según él, “*podría servir de modelo*” y se detiene en el comentario de sus paredes tapizadas de damasco rojo, los frescos espléndidos de sus bóvedas, sus consolas Luis XV, sus espejos y sus cuadritos de tema religioso. El viajero, sigue describiendo la ciudad y termina su visión con ciertas consideraciones de sus habitantes y su situación política.

El interés documental de la gran figura del Realismo novelístico español del siglo XIX, Benito Pérez Galdós (1843 – 1920), le llevó a viajar para conocer los escenarios de sus novelas. En uno de esos viajes buscando ambientes para la tercera serie de los *Episodios nacionales* llegó a Pamplona procedente de Aragón en 1893. Escribe sobre la catedral: “*Mi primer cuidado fue dar un vistazo a la catedral, que interiormente es gótica, muy bella, y contiene sepulcros y altares de indudable valor artístico. El exterior, reconstruido en el siglo XVIII es un armatoste greco-romano de un arte vulgar y desaborido...*”

El 27 de junio de 1889 el italiano Benedetto Croce (1866 – 1952), filósofo, crítico e historiador del arte efectuó un viaje por España y Portugal que reflejó

¹³ Cit. *Ibidem*, pp. 249–250.

¹⁴ Cit. *Ibidem*, p. 255.

¹⁵ Cit. *Ibidem*, pp. 257–260.

¹⁶ Existe una versión española sobre esta obra: En la Península Ibérica. *Cuaderno de viaje (1889)*, traducción y notas de Félix Fernández Murga, Sevilla, Universidad, 1993, p. 102–103. Cit. ROMERA, J. Mª., *Pamplona – Iruña. Imágenes y palabras*, Pamplona, Ayuntamiento de Pamplona, 1997, pp. 160 y 259.

en su obra *Nella Penisola Iberica. Taccuino di viaggio*¹⁶. Menciona las murallas de la ciudad, su aspecto guerrero, el extraño y barroco palacio del Ayuntamiento, el Mercado, la gran Plaza de la Libertad... y sobre la catedral: “*La catedral, cuyas elevadas torres se divisan por todas parte, está situada en un extremo de la ciudad: su interior es de un gótico bellissimo; el exterior es de estilo clásico e insignificante. El claustro anejo tiene varias tumbas de los reyes de Navarra, la tumba moderna del general Mina y la del general Gages, que hizo erigir Carlos III*”. Según menciona el autor, como napolitano que era, copió la inscripción del sepulcro que luego sigue describiendo. Marchó de la ciudad hacia Zaragoza.

Entre los viajeros de siglos pasados que recorrieron esta región y escribieron sus impresiones, la figura de Francisco Grandmontagne (Barbadillo de Herrero, Burgos, 1869 – San Sebastián, 1936) ha quedado bastante difusa o mejor, poco conocida, quizá por haber sido un viajero y escritor de comienzos del siglo XX, momento en que la literatura española contaba con prestigiosas figuras. A pesar de ello, una recopilación de relatos suyos editada con el título *Paisajes de España. Galicia y Navarra*, muestra el talante de un magnífico observador, acertado en sus apreciaciones, conocedor del mundo y de su entorno¹⁷. Notas de viajero, tomadas directamente en el camino, conservan toda la frescura del viajero observador, de tal manera que consiguen dar una impresión viva de la realidad. El autor, tiene el espíritu del buen juzgador, se acerca a las cosas con cariño, sin prevenciones, demostrando, además, ser un prolijo conocedor de las leyendas, de la historia, de la literatura, hasta de los pequeños episodios o anécdotas regionales.

Sabe de las ciudades, del mundo rural, de sus medios de vida, de sus industrias, de sus estadísticas, de lo que se proyecta y, hasta de sus problemas urbanísticos: “*...Desde hace mucho tiempo, los pamploneses gestionaban el derrumbamiento de las murallas que sólo tenían el valor de una antigualla arqueológica. Pero el Estado, cuya misión principal en España estriba en contrariar a los pueblos y entorpecer sus anhelos de progreso, no acababa de resolver el expediente: “informe éste”, “informe el otro”, “informe el de más allá”. No era necesario que informase nadie, pues todo el mundo sabía que las murallas no servían para nada... Entro en la Plaza del castillo, quizá la mayor de España. En sus porches o soportales están los principales cafés. En todas partes oigo hablar de negocios, de construcciones en el ensanche, de especulaciones en solares y, sobre todo, de aprovechamientos de energía hidráulica para producir fuerza eléctrica*”.

Respecto a sus impresiones sobre la catedral el viajero dice:

“De los edificios de Pamplona merecen mencionarse la catedral, la basílica de San Ignacio, construida en el mismo lugar en que cayó herido Loyola, la iglesia de San Cernin y la Diputación,

¹⁷ De familia procedente del Bearn francés, ferrones de profesión, se habían instalado en la localidad burgesa en 1866. Al morir su madre y su abuela fue acogido en Fuenterrabía por su tío materno, Claudio de Otaegui. Tras perder a su padre a los veinte años, marchó a Argentina y durante años aparece estrechamente unido a la revista *La Vasconia*. En 1907, regresó a España e inició su colaboración en *La Prensa* de Buenos Aires. Además de periodista fue autor de varias novelas y ensayos tales como *Teodoro Foronda* (novela en 2 volúmenes); *La Maldonada*; *Vivos, tilingos y locos lindos*; *El Ultraproteccionismo* y *Crónicas de Marianela*. En 1922 se publicó en Buenos Aires su obra, *Paisajes de España. Galicia y Navarra*, colección de artículos encargados por la dirección de *La Prensa* y publicados periódicamente antes de su recopilación.

construcción moderna esta última, en uno de cuyos salones se ven de cuerpo entero, imponentes y solemnes, los retratos de los treinta y dos reyes de Navarra, en actitud de cumplir y hacer cumplir "los sacrosantos fueros", como aquí se dice. La catedral, comenzada por Sancho el Mayor en 1023 y terminada en 1101, se hundió y fue reconstruida por Carlos el Noble. Un hermoso pórtico corintio forma la fachada en sus extremos y en tamaño natural están las estatuas de San Saturnino, San Fermín, San Francisco Javier y Honesto. Magnífica es la sillería del coro, de estilo Renacimiento, labrada en boj y roble de Inglaterra. Un tímulo de piedra representa a Carlos el Noble y la reina Leonor, ambos con manto real y corona; sobre los almohadones en que reposan las augustas cabezas, se lee: "Bone foy, bone foy". El rey apoya sus pies sobre un león y la reina los suyos sobre unos lebreles. Veintiocho monjes y plañideras, de alabastro oran y lloran en torno.

En el claustro, que es soberbio, se halla el sepulcro de Espoz y Mina, con esta leyenda en el frontispicio: "Navarra a su esclarecido hijo Espoz y Mina". Durante muchos años, la condesa de la Caridad, su esposa, por medio de una autorización especial, conservó en su casa el cadáver del héroe de la independencia. Al morir la condesa fue trasladado a la catedral. Aquí he de referir un episodio que pinta el carácter del glorioso guerrillero. En 1834, cuando mayor virulencia adquiría la guerra civil, el gobierno dio a Mina el comando del ejército de Navarra. Todo el cabildo era apasionadamente carlista. El general se presentó en Pamplona, reunió a los canónigos y les dijo: "Hace cuatro años habéis ofrecido 3.000 pesos al que os trajera la cabeza del traidor Mina; yo os la traigo; dadme el precio ofrecido y servirá para ayudar a sostener la guerra". Puede calcularse cómo se quedarían los reverendos. Nunca pudieron suponer que en el propio claustro de la catedral se levantara el grandioso sepulcro del héroe".

Grandmontagne forja sus impresiones en un estilo sencillo y sobrio, reproduciendo gradualmente sus propias sensaciones de tal manera que la lectura de sus notas, de sus recorridos, producen en el lector la impresión de haber realizado el mismo itinerario. Él mismo, en el primero de sus artículos, reflexiona y describe por qué viene a Navarra: "*Quería huir del ambiente político, cada vez más confuso, y de la cuestión marroquí tan ingrata en todos sus aspectos... Y elijo la fuerte Navarra como lugar de mi excursión*".

Escuetas, por último, son las palabras dedicadas a la catedral por el poeta, periodista y novelista Álvaro Cunqueiro (1911 – 1981). En su obra *El pasajero en Galicia*¹⁸ describe su llegada a Pamplona: "*Entre la niebla bajamos hacia Pamplona, hacia la Pampelune del cantar...A la mañana siguiente, madrugadores, la catedral. En el claustro la fuente para las limpiezas y la sed de los peregrinos*". Habla del Santiago del pórtico de San Cernin, aunque cree que es San Roque, y del pozo con su tapa de cobre mencionando que de aquella agua dio a

¹⁸ ROMERA, Op. Cit., pp. 156-157 y 259.